

**¿Existe una identidad Latinoamericana? Aproximaciones a la problemática:
Miradas del filósofo, el historiador y el intelectual (v.2)***

Alfonso Cuellar Solano¹
Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD Bogotá

“Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tenemos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español”

Pedro Henríquez Ureña

Resumen

Este artículo pretende mostrar una perspectiva diferente acerca del tema de la identidad latinoamericana distante de los manuales convencionales de filosofía u otras ciencias sociales de amplia circulación en los circuitos académicos. La mayoría de estos escritos ven en esta idea las posibilidades emancipadoras de los países hispanoparlantes. Por el contrario, considero que el concepto de la unidad latinoamericana -nunca alcanzado en el pasado- es deseable pero, por tratarse de una estrategia política de tipo neocolonial originada en España con el objetivo de crear una fuerza de choque ideológico y político en su rivalidad frente a los Estados Unidos de Norteamérica, distrae a amplios sectores de la necesidad de crear una concepción diferencial a la “refundación de la patria” que muestre la responsabilidad de las aristocratoides clases dirigentes de nuestros países de su derrumbamiento que inculpan de sus delitos y diluida ética a un “enemigo” exterior al que le aceptan el papel de súbditos. Es hora de reflexionar y tomar el hilo conductor de los pensadores de Latinoamérica que mostraron en la búsqueda de su expresión, el camino de andar “erguidos”.

Palabras clave:

Identidad, indigenismo, mestizaje, lengua, búsqueda de expresión, aristocracia gobernante

* Documento presentado al Segundo Foro de Estudiantes de Filosofía y Licenciatura en Filosofía de UNAD, JAG, Bogotá.

¹ Estudiante Licenciatura en Filosofía UNAD JAG Bogotá. Contacto: acuellar31@yahoo.com

Introducción

La renovación historiográfica latinoamericana con ocasión del bicentenario de la Independencia ha puesto en evidencia una serie de mitos sobre este acontecimiento. Al despejar el mito del “héroe”, muestra a sus protagonistas como seres pensantes sujetos a influencias de diverso tipo, a creencias muchas veces antagónicas y a representaciones disímiles. El presupuesto de la identidad en base a la “raza, la lengua y la religión” ha sido superado por los científicos sociales y aquellos nombrados como los intelectuales Latinoamericanos. Es claro que la controversia continua entre quienes consideran que la sociedad debe avanzar hacia su completa secularización y los que consideran necesario enfrentar la “que se encuentra escondida bajo las practicas y valores culturales que fueron impuestos por los invasores sajones” acogida por mi compañera Luisa Fernanda Becerra.

Primero, abordo el tema desde la problemática filosófica con algunas ideas de Heidegger, para luego darle un asidero en las representaciones del historiador Jorge Orlando Melo y concluir con las tensiones que suscita el “esfuerzo del concepto” por parte de nuestros intelectuales en América.

Llevar a cabo la travesía que anuncia el epígrafe del dominicano Henríquez Ureña, esto es, que ante el agotamiento intelectual de Europa, el “eje espiritual del mundo español” anide entre nosotros y como solía decir Ernest Bloch y se muestre “erguido”, busco rescatar la reflexión del maestro Rafael Gutiérrez Girardot, injustamente desconocido -yo diría más bien, escondido- en nuestro medio académico y rendirle un homenaje y al tiempo hacer la invitación a que su pensamiento sea motivo de algún evento como el presente. Al final de la travesía creo que podremos comprender que la introducción de la idea de “identidad latinoamericana”, solo tiene un asidero como “propuesta política”, orientada por la corriente subterránea que alienta lo que han denominado la “refundación de la patria”

El filósofo: Martín Heidegger

Iniciar una reflexión filosófica sobre el tema de la identidad nos llevaría a un recorrido que comienza en Parménides hasta los llamados postmodernos. Solo me referiré a algunas ideas de Heidegger en el opúsculo *Identidad y diferencia* (1990 [1957]). El uso actual del término identidad recuerda la prevención de Kant “de no ir más allá de la experiencia”, en favor de las

“necesidades inmediatas” a riesgo de crearnos “telarañas cerebrales”, que luego comentó Hegel en el Prefacio de *La Ciencia de la Lógica* (1974) diciendo que “en apoyo de esta doctrina popular acudió el clamor de la pedagogía moderna, que toma en cuenta solo las exigencias de nuestra época y las necesidades inmediatas”. Hoy en día encontramos algún parecido en la sabiduría convencional.

El escrito de Heidegger sirvió de conclusión a un seminario en la Universidad de Friburgo, durante el semestre (b) de 1957, que versaba sobre *La ciencia de la lógica*, y que tuvo como antecedente la conferencia sobre *La cosa* (1950), traducida por Rafael Gutiérrez Girardot siendo aun estudiante de la Escuela de Filosofía en la Universidad Nacional y publicada en *Ideas y valores* (n. 9-10, 1954). Ahora bien, para abordar la expresión identidad tendríamos que saber que representamos como tal, representación que solo puede tener asidero en hechos reconocidos, o sea, en un “pensamiento objetivo” que constituye el “contenido de la ciencia”. Si lo que identificamos lo referimos a un idéntico, simplemente es una tautología y si lo hacemos frente a un no-idéntico es una comparación extrínseca, ajena al ser. De tal manera que no se podría decir: la identidad es la no-identidad. Hegel nos dio su versión:

“Si todo es *idéntico* consigo mismo, entonces no es *diferente*, no está en *oposición*, no tiene *fundamento*. O bien, si se admite que *no hay dos cosas iguales*, es decir, que todas son *diferentes* una de otra, entonces A no es igual a A ...en su expresión positiva $A = A$, no es, en primer lugar, más que la expresión de una vacua *tautología*...esta ley del pensamiento no tiene *contenido*...De esta manera es la vacua identidad, a la que permanecen apegados los que quieren tomarla como tal, por algo verdadero y citarla siempre, afirmando que la identidad y la diferencia son diferentes...se concede que el principio de identidad expresa solo una determinación unilateral, contiene solo la verdad *formal*, es decir, *una verdad abstracta, incompleta*.” (Hegel, 1974, v. II, 36-39)

Ahora sí, ¿por qué Heidegger? Por que, es quien precisa el papel que la metafísica tiene en relación con la idea de identidad y de “llegar a saber qué es la identidad”, no sin antes advertir que cuando el pensar es “llamado por una cosa”, no es raro que por “el camino se transforme” (Heidegger, 63) y llega a la conclusión de que “En la mismidad yace la relación del “con”, esto es, una mediación, una vinculación, una síntesis: la unión en una unidad” (*Ibid.*, 63), motivo que en la historia del pensamiento occidental presenta la identidad como unidad y apenas después de 2.000 años –dice Heidegger- esa “relación de lo mismo consigo mismo...salga con fuerza la evidencia” y tomada por el idealismo especulativo de “modo solamente abstracto”. Entonces, vuelve la mirada al mundo antiguo recordando que fue Parménides quien primero tocó el tema de lo idéntico:

“lo mismo es en efecto percibir (pensar) que ser”

Algo opuesto a lo que “solemos conocer como enseñanza de la metafísica” para concluir que:

“Tenemos que reconocer que en la aurora del pensar la propia identidad habla mucho antes de llegar a ser principio de identidad, y esto es una sentencia que afirma que pensar y ser tienen su lugar en lo mismo y a partir de esto mismo se pertenecen mutuamente...el hombre es un ente...tiene su lugar en el todo del ser al igual que la piedra, el árbol y el águila...significa estar clasificado en el ser. Pero lo distintivo del hombre reside en que como ser que piensa y que está abierto al ser, se encuentra ante este, permanece relacionado con él, y de este modo le corresponde. El hombre *es* propiamente esta relación de correspondencia y solo eso”, (*Ibid.*, 75)

Esto es, se expresa como pertenencia “el uno al otro”, conexiones que garantizan el entrelazamiento que viene desde los albores del pensar de occidente: “Lo que experimentamos en la com-posición como constelación de ser y hombre, a través del moderno mundo técnico, es solo el *preludio* de lo que se llama acontecimiento de transposición...en que el hombre y el ser se transpropian recíprocamente”, que denomina “Ereignis”, que en alemán de hoy significa “evento”, “acontecimiento”, “suceso”. La palabra procede de Er-äugnen dice Heidegger, que significa “asir con la mirada” y el verbo “eignen” que es “hacer propio”, “apropiar” de modo que al combinarlos daría, “apropiarse algo con la vista” y lo único que acontece es una apropiación. Llegado a este punto se pregunta: “¿Qué tiene que ver el Ereignis con la identidad? La respuesta es: nada. Por el contrario, la identidad tiene que ver mucho, sino todo con el Ereignis”, para volver de nuevo a Parménides: “lo mismo es en efecto el pensar que el ser”, y entonces ¿Cuál es el sentido de “lo mismo”?, a lo que responde Heidegger: “es la pregunta por la esencia de la identidad...el ser tiene su lugar, junto con el pensar, en una identidad cuya esencia procede de ese dejar pertenecer mutuamente que llamamos Ereignis. La esencia de la identidad –lo enseña la doctrina metafísica- es una propiedad del acontecimiento de transpropiación” (*Ibid.*, 91), que habla “como lenguaje y que en una ocasión concluye Heidegger fue denominado como “la casa del ser”:

¿Acaso podemos opinar *nosotros* que la entrada con el pensamiento en el origen de la esencia de la identidad pueda llegar a realizarse algún día? (*Ibid.*, 95)

Ahora veamos cómo es que pasan las cosas por fuera de sus “resabios metafísicos” y de que manera están representadas, para lo cual acudiré a la palabra del historiador.

El historiador y la identidad: Jorge Orlando Melo

En los escritos de Melo *Etnia, región y nación* (1989) y *Contra la identidad* (2006) considera que el término es “un concepto confuso e impreciso”, pues quienes hacen “invitaciones a construir identidades carecen de contenido concreto...señalando que plantean identidades abiertas, contradictorias, variadas, variables, múltiples, polisémicas, polifónicas, multívocas o indefinidas, que no existen o todavía no han existido, es decir, que son identidades que tienen muy poco de identidad.” Se habla así de “identidad cultural”, “identidad nacional”, pero también las hay, “regional y local” y nos abruma con palabras como la “colombianidad”, “antioqueñidad”, “santandereanidad”, “caqueteñidad” y así *ad infinitum*.

El primer tropiezo de los identitarios dice Melo es,

“que no se sabe muy bien qué es lo que quiere decir: ¿es la identidad un conjunto de rasgos culturales que caracterizan a un grupo social y que pueden ser descritos por un observador externo?... o es la identidad una construcción elaborada por diferentes agentes históricos, como las escuelas, los gobiernos, los intelectuales, los estudiosos de la cultura y que de alguna manera, a partir de su definición, es acogida por los miembros de la comunidad, aunque no se pueda demostrar que corresponde a alguna realidad?” (Melo, 2006, 2)

Ante las explicaciones tanto externas a la cosa como en el espacio de lo local y temas gruesos que tienen que ver con las creencias más comunes y acendradas en la sabiduría convencional, si la confrontamos a una simple mirada de su sentido, muestra como lo “más sólido se desvanece en el aire” pues al decir de Melo:

“Es casi inevitable sostener que la identidad no puede definirse por rasgos de origen local, pues la identidad colombiana parecería, a primera vista, incluir infinidad de cosas que vienen de afuera. Practicamos una religión inventada en el Asia Menor, hablamos un idioma traído de la península ibérica, tenemos como bebida nacional una infusión hecha con base en un grano árabe, nuestros platos típicos están hechos con productos europeos o africanos, las frutas que sentimos nuestras son asiáticas como el mango, o africanas como el banano, o venidas de España como la naranja...y las coplas y romances que han recogido nuestros investigadores de las culturas populares tienen origen europeo. Hasta cuando una cantaora negra canta en el Chocó “El corderillo” está retomando un tema medieval español, y cuando un escritor como Tomás Carrasquilla cuenta en “A la diestra de Dios Padre” una historia oída en la década de 1870 a un cuentero en una mina antioqueña y después a doña Tomasa, una ventera de Santo Domingo, resulta que la narración existe también en Alemania, Estonia, Costa Rica, Ecuador, Chile e Italia”. (*ibid.*, 2)

A la luz de formas culturales practicadas también se nos aparece contradictoria. Y aun, hablando de nuestras Constituciones sería completamente anacrónico medir el presente de la necesidad de una América Latina “erguida” ante los Estados Unidos cuyas instituciones no tienen que ver con nuestro atraso, sino también, en la crítica de la pesada carga del legado colonial de España en estas instituciones. Leamos a Melo:

“si el catolicismo hace parte de la identidad colombiana, entonces, ¿quiénes no son católicos no son verdaderos colombianos? ¿Incluye la identidad colombiana el amor a la paz que tienen muchos de los colombianos y la facilidad para la violencia de otros? ¿El gusto por la música popular de unos, el gusto por la música gringa de otros y el gusto por la música clásica de otros? Si no necesito compartir los rasgos considerados parte de la identidad para seguir siendo colombiano, esa identidad no querría decir mucho: yo conservaría mi identidad de colombiano aunque no comparta ningún rasgo cultural —ni siquiera hablar español, pues podría hablar wayuu o embera— con otros colombianos. En el fondo, la única definición inexorable de colombianidad es la constitucional: son mis derechos como ciudadano, que precisamente se confirman con la expedición de un “documento de identidad”, la única marca de identidad que comparten todos los colombianos, la cédula de ciudadanía” (*ibíd.* 3)

Sobre bases tan absolutamente deleznable, si un país como Colombia que ni siquiera tenía nombre como muchos de los países de Latinoamérica, en una configuración que fue establecida por la metrópoli española y sostenida bajo los mismos principios y privilegios, es imposible pensar en que sea alcanzable una unidad Latinoamericana. Hay diversos obstáculos que la imposibilitan y antecedentes históricos que lo indican. De manera que la identidad latinoamericana es una “propuesta política”. Melo dilucida el asunto así:

“Pero está claro que esta “identidad” es una propuesta arbitraria, una *propuesta política*, una ideología, algo que podemos aceptar o rechazar. Por eso, los textos de muchos científicos sociales sobre estas identidades usan con frecuencia la ironía para mostrar que la identidad es una creencia social, más bien ingenua y manipuladora, una forma de imponer ciertos niveles de uniformidad cultural a la población, de evitar la acogida de ideas extrañas y, en general, de consolidar las formas de dominio cultural de los gobernantes y sus amigos. Esto conduce, finalmente, a una situación paradójica:...que los colombianos se identifiquen con su país y se sientan colombianos es simplemente que siguen creyendo en algo que según los científicos sociales no existe: que hay rasgos propios que distinguen a los colombianos de los ciudadanos de otros países. La identidad estaría basada, para estos colombianos, en un error, en una visión falsa de la cultura colombiana...Por todo esto, la “identidad discursiva” o construida no logra evitar ser una propuesta más o menos abusiva y arbitraria a la que se induce a la población, o un error compartido masivamente. (*ibíd.*, 5)

Y entonces surge la pregunta que conduce al absurdo y a otro paradoja: ¿Cómo es posible la identidad latinoamericana o la unidad de estos países, si se parte del supuesto de que los habitantes en cada uno de estos países tienen “rasgos propios” que los “distinguen” de los ciudadanos de “otros países” sino, que los haría no idénticos, o diferentes?

En otro plano, la identidad la han relacionado con el concepto de *nación* en la medida en que cuando estas se estaban configurando en Europa, grupos de estos pueblos compartían algunos rasgos básicos y los gobiernos promovieron lo que se llamó sentido de pertenencia. Desde las escuelas se promovía el nacionalismo y dentro de su mitología nacional incluían la idea del “carácter nacional”. En Latinoamérica se dieron pasos a medias en la idea de construir nación, lo cual estuvo rodeado de enormes tensiones entre los Liberales, amantes del progreso de una

manera retórica, pero que en algo impulsaron las ideas europeas de libertad y la democracia y los Conservadores, defensores ultramontanos del “tejido social tradicional”.

Desde otra arista, no podemos dejar de lado las relaciones que tiene el fenómeno de la globalización en lo que llama el sociólogo alemán Ulrich Beck, *Poder y contra poder en la era global* (Barcelona, Paidós, 2004) Al respecto razona el historiador Melo:

“Son muchos los procesos de globalización —para usar algo anacrónicamente este término— que ha vivido nuestra cultura. En el siglo XVI se produjo probablemente el más drástico de todos, cuando llegaron a sangre y fuego la religión católica, el idioma español y la escritura...La segunda gran ola de globalización vino con la incorporación del virreinato en la modernidad ilustrada: en el siglo XVIII los intelectuales de la Nueva Granada importaron de Europa la ciencia moderna, el pensamiento ilustrado, la idea de progreso, la idea de los derechos del hombre...siguió el de la globalización del siglo XX. A los campesinos y a los colombianos les llegaron el marxismo y las reivindicaciones sociales, el sindicalismo y la defensa del proletariado, el radio y la alfabetización, la televisión. La radio y la televisión alteraron las culturas locales en forma muy drástica: la música extranjera reemplazó a la música local, entraron a los pueblos el arroz y el café, después la pizza, el helado, el perro caliente y la hamburguesa, para no hablar de la aspirina o del papel toilet y de las toallas higiénicas, -agreguémosle la píldora para las damas y para mi regocijo, el viagra- otras avanzadas de la globalización. Los valores sociales se transformaron: la sumisión de la mujer se reemplazó —en un proceso que no ha concluido— por la idea exótica de la igualdad entre los géneros, mientras se debilitaba la autoridad paterna. Las nuevas tecnologías permitieron una urbanización acelerada, con energía eléctrica, teléfonos y demás herramientas de la globalización.

Después de cinco siglos de globalización, ¿habrá llegado la hora de enfrentarnos a la cultura universal y de defender lo local? Me parece una tarea muy difícil y ni siquiera logro saber qué es lo que vale la pena defender, ni de qué. Ya lo local es totalmente universal: es imposible encontrar una sola cosa importante en nuestras vidas que no haya venido de fuera... La contraposición entre lo local y lo universal no ayuda en nada a entender, a aclarar o a mejorar este proceso, pues es una contraposición indefinible y absurda.” (*ibid.*, 5)

El fondo del programa de la identidad como tema tan machacado, consiste en ser el arma política de la *Refundación de la patria* o mejor de las patrias latinoamericanas por las Españas como solía decir Ortega. Lo devela Melo en la intencionalidad de su uso:

“Habiendo llegado a la conclusión de que las identidades no existen o que son discursos más o menos arbitrarios y sin contenido empírico compartidos por los miembros de una comunidad, algunos insisten en usar el concepto como propuesta política: no importa que la identidad sea un mito; según muchos es un mito, pero un mito útil, que puede servir a nuestros países. Crear la idea, la ilusión, el mito, la utopía de que hay una identidad aunque sepamos que no la hay, puede ayudarnos a lograr la solidaridad que requerimos. Por ejemplo, ante los riesgos que enfrentan los países latinoamericanos en términos del sometimiento a la economía mundial o a una cultura homogénea promovida por las industrias culturales de los países más ricos, se nos propone promover la idea de una “identidad latinoamericana”, aunque estemos seguros de que esta identidad no ha existido, no existe, y de que es muy poco probable que los ciudadanos de estos países se sientan identificados con una entidad como Hispanoamérica o Latinoamérica. Pero, se dice, así no exista sería conveniente estimularla para enfrentar el poder de Estados Unidos, y para ello hay que promover anacrónicamente los mitos de origen, los proyectos de confederación

americana de Bolívar o las contraposiciones culturales que propuso José Enrique Rodó entre el materialismo anglosajón, dominado por el afán de éxito y de riqueza, y la cultura latinoamericana, cuyos valores tradicionales (el hispanismo, la decencia, la valoración de la cultura sobre lo material, etc.) son más altos que los de quienes sólo quieren el progreso material y el consumo, tan ajenos a los deseos de nuestros pueblos.” (*ibid.*, 6)

No podía faltar la “identidad hispanoamericana”, vista en sus diversas ideologías y desarrollos culturales, entonces, daré el salto a como la analiza nuestro intelectual por excelencia el maestro filósofo, filólogo, hispanista, traductor, crítico literario y ensayista Rafael Gutiérrez Girardot.

El intelectual y la identidad: Rafael Gutiérrez Girardot

Hace mas de 100 años e esclarecido intelectual “Baldomero Sanín Cano, que había sido maestro en Rionegro en 1865, abogaba por la cultura universal. Según escribía en 1894:

“es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materias de filosofía y letras. (*ibid.*, 9)

De la misma manera recuerda Melo que a mediados del siglo XX:

“los seguidores de Laureano Gómez hicieron un gran esfuerzo por frenar la contaminación de la cultura colombiana con elementos exóticos: siguiendo las inspiraciones del franquismo y del hispanismo franquista, trataron de redefinir la orientación intelectual del país para evitar que, bajo el influjo del liberalismo, el protestantismo, la modernidad y el comunismo, se destruyera la tradición colombiana.” (*ibid.*, 9)

En 1787 en nota de pie de página del Prólogo de la *Crítica de la razón pura*, I. Kant escribió: “Nuestra época es la época propiamente tal de la crítica, a la que debe someterse todo. La religión invoca su sacralidad, la legislación su majestad para sustraerse a ella. Pero pronto despiertan la justa sospecha” Pero, de finales del siglo XVIII hasta finalizar el XIX el “intelectual” vivió arduas tensiones y con el romanticismo alemán según Alfred Weber dejó de ser “tribunal y oposición” para convertirse en lo que él denominó “inteligencia libremente oscilante”, es decir, algo nada digno de confianza política, incierto y ambiguo. En una ocasión preguntaron a Jorge Luis Borges, el porqué de su afiliación al partido conservador argentino y su respuesta medio cínica consistió en decir, que porque él prefería “comprometerse con las causas perdidas”. Rafael Gutiérrez hace referencia a la respuesta de Borges y sin aterrarse dice que, “Pero ¿qué sino cinismo es la praxis política y que sino cínicos disfrazados de corderos son los políticos? Tal vez eso debió conducir a Lenin a decir que a “Los intelectuales había que tratarlos con puño de hierro” y sino que lo digan Trotsky y Bujarín.

Hacia 1980 la figura del intelectual “libremente oscilante”, ni el “irónicamente cínico” ya no lo eran pues la pretensión de “justicia absoluta” que surgió con el “socialismo realmente existente” en 1917 los había transformó en una verdadera “clase política” de donde derivó a todo occidente el llamado “intelectual de izquierda”, para quienes, el que no fuera un ferviente seguidor de sus ideas por arte de birlibirloque lo convirtieron en “reaccionario” y ellos así mismo considerados como los paladines del progresismo social. Reinaba como eco de Hegel la “filosofía de la historia” y Ortega en España y el área de influencia cultural española volvió moda ser “sensitivo de la historia”, con lo que la intelectualidad de izquierda formó un menjurje que concluía en la inevitabilidad del proceso histórico lineal de las etapas de progreso de la sociedad. Al propio tiempo dos intelectuales europeos hacia 1920, esto es, Hermann Broch (*Los sonámbulos*) y Robert Musil (*El hombre sin atributos*) se deslindaban del pasado, pues consideraban que el “filósofo nato de la historia” tenía que “acercarse a la realidad empírica histórica” para “pasar del diletantismo especulativo...a la mirada empírica certera”. Ya no hay protesta, sino que su acción es registrar como el sismógrafo los movimiento de la “placas culturales” si se puede usar la analogía, que llevaron a Adorno en la postguerra II a declarar que después de Auschwitz “ya no se puede escribir poesía”. Gutiérrez responde expresando:

“No era silencio, sino pérdida del habla. ¿Se había perdido solamente el habla?...vino la guerra fría, el conflicto entre Oriente y Occidente. ¿Cómo intentaron captarlo los intelectuales? Los intelectuales “comprometidos” de uno y otro frente no pudieron captarlo, su existencia como tales dependía del conflicto...rebajaron la problemática oscilante a la sumisión a la táctica caprichosamente oscilante de los amos contendores.”

La inteligencia hispánica comenzó en la recomendación de siempre, de educar moralmente con soporte en la historia, pero mientras el caldo de cultivo del intelectual europeo fue un mundo social y cultural donde lo que reinaba y definía era la filosofía: “la justificación, el modelo, la norma de todo, que había sustituido a la teología...la inteligencia hispánica tuvo que invertir los términos” y en los países hispanos “no se podía partir de esa sustitución. Se trataba de iniciarla...crear sus propios presupuestos” Poco a poco, vamos acercándonos a las prevenciones de Kant y Hegel sobre las “necesidades inmediatas” y el “clamor de la pedagogía” en su ayuda y al enunciado de Melo que tiene que ver con la “identidad” como “propuesta política”. La interpretación del intelectual de lengua española atendida a lo “didáctico-político” es para él una necesidad imperiosa, como dice Gutiérrez por el hecho de que “su relación con la realidad social es una relación existencial en el sentido de que sin la función didáctica carece de fundamento

social para su configuración”, por lo que se ven enfrentados a un problema central como es el de la “educación y la lectura” esto es, la “creación de un público lector”

Bastaban presupuestos de *educación y moral* para formar un público lector: “el hombre de bien.” Y pasando el Atlántico ya en América encontramos que Sarmiento y Larra, ambos maestros, polemizaron sobre la importancia de la educación. Larra afirmó “¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?” él imputaba la causa al tipo de político como Calomarde (Ministro de Gracia y Justicia (1823-1833) durante la restauración absolutista de Fernando VII, quien promulgó un célebre Plan General de Estudios) fue un firme defensor de una concepción tradicional y conservadora absolutista del poder, al punto que cerró las universidades y abrió en cambio una escuela de tauromaquia. Es muy seguro que de ahí venga la explicación que para la identidad daba el poeta Juan Carlos Roca quien decía que algunos colombianos en el Jockey Club se sienten ingleses, otros intelectuales se sienten así mismo como franceses o preferirían serlo, pero todos juntos los colombianos en el circo de toros nos sentimos españoles, comenzando por el columnista de “izquierdas” Antonio Caballero reconocido taurófilo que brinda cátedra al respecto. A propósito, bueno es recordar que cuando la United Fruit enriqueció a la elite de Santa Marta con el negocio del banano, los hacendados en cambio de ampliar sus negocios reinvertiendo las ganancias y poniéndose al frente de estos, uno de ellos resolvió irse a vivir al Waldorf Astoria de New York otros a Paris y la mayoría a Bruselas, por lo que el decir de aquella época era que les había dado “brusellosis” por analogía con la brucella o tuberculosis de los bovinos que es una zoonosis. Pero las mañas de Calomarde las copia de España, Rosas en Argentina: según Sarmiento, “Quita a los catedráticos de la universidad, sus rentas a las escuelas primarias de hombres y mujeres de las dotaciones cuantiosas que Rivadavia les había asignado.” A Rosas se refería Sarmiento preguntándose, “¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre...En la estancia de ganados en que ha pasado toda su vida, y en la Inquisición en cuya tradición ha sido educado”. Cualquier parecido con nuestra realidad o la de otros países latinoamericanos es una “ubérrima” coincidencia.

Gutiérrez entra ahora a establecer que lo dicho plantea un problema entre la tradición y la modernidad que ya no puede ser dilucidado polémicamente. Este fue un problema agrio de tensiones en el siglo XIX con el cual el intelectual liberal mostrándose como radical ayudó a la “cristalización –dice Gutiérrez en el mejor sentido de José Luis Romero- del intelectual conservador. Nos quedan como ejemplo de aquel lado, Andrés Bello y Julián Sanz del Río, los positivistas hispanoamericanos y los krausistas españoles y de la orilla católica Juan Donoso

Cortés y Miguel Antonio Caro. Es de anotar que Bello y Caro también fueron maestros. Al respecto asegura Gutiérrez:

“La réplica antimoderna, esto es, Juan Donoso Cortés, tuvo en Hispanoamérica más influencia que en España, porque su *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo (1851)* era en parte sermón y diatriba, es decir, contaba con un público lector entrenado para este tipo de discusión por los púlpitos de todas las clases...muchos seguidores de Donoso Cortés en Hispanoamérica, desde los maestros de secundaria, hasta políticos y escritores, adquirieron un perfil intelectual, que se tradujo en fuerza política. Miguel Antonio Caro, por ejemplo, de gran parecido biográfico con Donoso Cortés, fue figura influyente en la vida política y cultural de Colombia y ha sido immortalizado por Gabriel García Márquez en la figura de Fernanda del Carpio de *Cien años de soledad*.” (Gutiérrez, *ibid.*, 32)

La antimodernidad cristalizó en irracionalismo y la racionalidad ferozmente combatida le obligó a ingresar a un laberinto de contradicciones, de las vecindades de ideologías contrapuestas. En Colombia un tema interesante por estudiar es la vecindad entre por ejemplo, las preocupaciones antimperialistas del archiconservador Laureano Gómez expresadas en 1915, “según las cuales las concesiones otorgadas a la United Fruit Company ponían la soberanía nacional en peligro, constituyeron un paralelo a las afirmaciones de Mario Arrubla 50 años después, según las cuales la condición económica neocolonial de Colombia la exponía al ‘chantaje del imperialismo’ ” (Henderson, James D., *Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Editorial Universidad Nacional, Medellín, 2006, 598) y la de los “pro-comunistas” particularmente en el decenio de los años ’20. Quien quiera comprobarlo puede leer las casi mil páginas del libro de Klaus Meschakat y José María Rojas, Bogotá, esto es (*Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética*, Bogotá, Taurus / Fescol, 2009) Lo que llamó Ernest Bloch “la simultaneidad de lo no simultáneo”, o sea, que con el advenimiento de los fascismos de derecha e izquierda sobrevino el paso del tribunal de la razón para dar paso al “tribunal de las autoridades respectivas.”

Con la caída del muro de Berlín muchos esperamos nuevos presupuestos de profundización de la democracia y no hay tal, por el contrario asistimos a una reedición de las bases como surgió el fascismo. En Washington los magnates del mundo resolvieron unirse en un pacto neoliberal y declararon la guerra al estado de bienestar como una lucha de clases desde arriba. Punto de vista que había sido sustentado por el positivismo lógico y tomado por algunos economistas que afirman que el “bienestar” es un término valorativo y como tal no tiene lugar en la ciencia y claro está, tampoco para los *Condenados de la tierra* como los llamó Franz Fanon.

Entrados en Latinoamérica, comencemos a seguir el rastro que nos va develando el profesor Gutiérrez para esclarecer el concepto de identidad, de la mano del pensamiento de Alfonso Reyes referida al programa que se planteó hace ya un siglo, a saber: "...la suma de todas las energías sociales que obran sobre el individuo a lo largo de su vida y establecen esa posibilidad de convivencia humana que es la Polis", recordando sus inicios en Grecia, que con eso solo bastaría para considerarla anacrónica, amen que Hegel "había comprobado que el ideal del mundo armónico griego, de la Polis serena, pertenecía irremediabilmente al pasado, que esa maravilla no volvería a repetirse", pues ese mundo había sido superado por la "prosa del mundo", por el "principio de la sociedad burguesa, por el egoísmo." La comparación entraña una utopía, no invertida como la de los conservadores neoliberales que disfrazan su "estatismo anti-histórico" con "restauración", que en nuestro caso la llamaron "refundación de la patria", manes de Realito, sino subrayando la condición esencial de la vida humana: la convivencia. A su vez, "La noción de convivencia no tiene en Alfonso Reyes el significado rutinario de "vivir en compañía de otros". El lema de las publicaciones de su Archivo la explicita "Entre todos los hacemos todo":

"Convivencia es así solidaridad, cuyo presupuesto es el respeto, o, dicho en otras palabras, justicias y su concomitante fraternidad." (*ibid.*, 36)

Nadie duda que esta es una declaración humanista e Hispanoamérica sin duda echó mano de estos "recursos humanísticos" como una asimilación de la tradición occidental y por lo tanto la "toma de posición de América –dice Gutiérrez- dentro de ese mundo que se llama Europa" Claro está, que viene la pregunta, ¿Pero qué es hoy Europa? Que se la hace el propio Reyes en 1942 con esta respuesta "...la capacidad de Europa está ya agotada" y: "que Europa pueda salir indemne de esta prueba pavorosa (la Guerra Mundial que desató el nazismo) ¿Quién se atreve a afirmarlo?" La salida la encontró Jacques Delors quien se dedicó a edificar lo que se conoce como la "Casa común europea", que trata de reunir todas las energías sutilmente neoimperialistas y cuyo objetivo estratégico delata la necesidad de un nuevo orden en Europa en base al espíritu de comunidad y parentesco como única garantía de *existencia política*, ante la necesidad, además, de hacer frente a los nuevos competidores que le aparecieron en el escenario global, esto es los Estados Unidos de Norteamérica y la "comunidad" de países socialistas, que ya no existe y cuyo puesto ocupan hoy en día la China, India, Rusia y Brasil (BRIC). Los reflejos de esta política pronto se vieron en Latinoamérica cuando se puso de moda el término "identidad latinoamericana."

Cuando Alfonso Reyes se refería a la “capacidad de Europa”, lo hacía con relación a que el nazismo había desalojado de esa Casa lo que constituyó su riqueza y su progreso: “la cultura de las humanidades” por la “incultura de los robots” que deja a los hombres como esclavos del progreso en cambio de ser señor de este. La Nueva Casa, no esta exenta de ideología y con ella se lanzó de nuevo a refundar imperios, acompañando en el coche de los nuevos colonialistas los EUA: atizando guerras como hace 500 años por doquier. Pero para alcanzar estos objetivos había que preparar el terreno y ahí salió España que aprovechando sus nexos mas íntimos con Latinoamérica se dio a la tarea de convencer a estos pueblos de una supuesta identidad común basada en los supuestos de la tradición negativa española. El país por donde comenzó la “refundación” del imperio como cosa curiosa fue Cuba igual que hace cinco siglos: Diciente es un grafiti puesto en la estatua de Maceo padre de la Independencia cubana que dice: “Maceo volvieron los españoles”, pero igual habría que decirle a Bolívar, a San Martín, a O’Higgins o a los aimaras del Cuzco.

La envoltura que trae la Casa de Europa con la “identidad Latinoamericana” proviene de los fundamentos con los que estableció su dominio el imperio español:

“la ley y la identificación de la fe católica con la sustancia colectiva e individual de los hispanos. Poner en tela de juicio la religión era tanto como ponerse a sí mismo en tela de juicio” (Gutiérrez G. R. (1998, 30)

En alguna ocasión Jorge Luis Borges invitado por la Universidad de los Andes visitó a Bogotá le inspiró un cuento llamado *Ulrika* su personaje central le preguntan: ¿qué es Bogotá?, a lo cual ella responde “la capital de Colombia” y enseguida vuelve a preguntar ¿qué es Colombia? A lo cual responde: “No sé. Un acto de fe”.

Problemas de la identidad hispanoamericana

“Un idioma es una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos”, escribió Borges.

Bolívar fue quien hizo la primera diferenciación en cuanto a la “identidad hispanoamericana:

“no somos ni Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado”

Entendida la identidad como la conciencia de lo que el hombre es, ¿se trata pues de un problema de identidad? Bolívar plantea solo negaciones y estas no son “exclusivas de una población heterogénea. Ya habíamos mencionado que el concepto de identidad es proveniente de la psicología social que tiene como presupuesto precisamente la negación “no somos”, o más bien, “no soy todavía”. Así, lo precisa Gutiérrez:

“La identidad es el estadio a que llega el individuo cuando al salir de la adolescencia adquiere conciencia de que es alguien en la sociedad”

Esta definición de por sí es problemática en varios sentidos. Presenta el problema de si algo que es un asunto individual se puede transponer a la sociedad entera, o si es posible equiparar los fenómenos típicamente biológicos como análogos fenómenos sociales y de la población. Además del problema puramente metodológico de transponer un instrumento clave en la psicología social a un análisis de fenómenos históricos y si se quiere políticos. Gutiérrez considera que esta es la:

“denominada “teoría social del organicismo, fue el fundamento con que Othmar Spann justificó la sociedad jerárquica y nutrió la ideología del “austrofacismo” de cuño católico...Puede ser una metáfora, pero sus consecuencias políticas pueden ser y han sido sangrientas. Esta metáfora determinó la interpretación europea del Nuevo Mundo...no era nuevo, sino botánica, zoológica y biológicamente joven, inmaduro...el problema no es problema sino ideología...Estos aspectos del concepto plurívoco de identidad permitieron y fomentaron el colonialismo de las naciones “adultas” frente a las naciones “jóvenes”...creó y fomentó la condición de su inferioridad.” (*Op. cit.*, 203)

Pero, Bolívar no se atuvo solamente a ver los problemas étnicos, sino al pesado lastre de una tradición que el resumió en esta frase:

“Uncido el pueblo Americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir, ni saber, ni poder, ni virtud...un Pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico ó civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por Libertad, la traición por patriotismo, la venganza por la justicia”

Los llamados “arquitectos de América” es decir, Andrés Bello, José María Hostos, Domingo Faustino Sarmiento, abrieron el camino que fue “ahogado por la cizaña, el púlpito y la espada” y referidos a los obstáculos que vio el Libertador es claro que estos no plantean un problema de identidad, sino más bien de antropología:

“Es el problema de un estrato social, llamado clase dirigente o aristocracia, según el caso, cuyos miembros u hombres, que están por debajo del mal y al margen del bien, se empeñan en interpretar positivamente el reproche de Bolívar; en diversificar y ornamentar el delito para presentarlo como norma ideal y lógica de convivencia y de justicia...el problema es, pues, el de la supervivencia y la constancia de esos fantasmas” (Gutiérrez, *ibid.*, 205)

Cualquier referencia que se haga de la identidad es distraerse de “esta oprobiosa realidad”, constituye un “encubrimiento” y es un verdadero “concierto para delinquir”, que desarrollaré en la conclusión de este escrito. A Latinoamérica la ha salvado su literatura pues esta ha sido “motor y sostén de una conciencia de dignidad” de cualquier proyección futura y de una amalgama social, que de no serlo, nos habría retrotraído a la “edad de piedra”. Concluyamos con Gutiérrez: “La literatura hispanoamericana ha sido la creadora de lo que se llama identidad.”

El maestro Gutiérrez trae a cuento que en una carta que Alfonso Reyes escribió a un argentino “sediento de definición nacional -¿o “identidad”?-. El interlocutor de Reyes esperaba de los “directores intelectuales” de su patria que le dieran “una fórmula ya hecha, fácil y prontamente asimilable, de lo que es Argentina”. “Felicitémonos –responde Reyes- de que no se haya inventado hasta hoy un comprimido Bayer que nos permita ingerir, de un trago, toda la conciencia nacional”. De tal suerte que esta problemática, en momentos, de incertidumbre, confusión y anomia social como la han definido nombrar la palabra “identidad” cuyo contenido es impreciso –dice Gutiérrez- “porque tiene una función emocional: la de satisfacer expectativas y la de dar sostén y una supuesta orientación” y ese es el peligro no para la sociedad que esa no se deja encasillar, si acaso momentáneamente, sino para la literatura porque cuando esta se “considera a sí misma como expresión de una “identidad” corre el casi seguro peligro de estancarse.” Para finalizar estas disquisiciones veamos la pregunta de nuestro intelectual:

“¿Hay motivos convincentes, fundados de modo sólidamente conceptual, para analizar la historia de la literatura hispanoamericana con un concepto historiológicamente anacrónico y literariamente inepto como el de la identidad?” (*op.cit.*, 209)

El problema del indigenismo

Aunque Andrés Bello cuya Silva a la agricultura de la zona tórrida se le considera como la “declaración de independencia intelectual de Hispanoamérica indicó el camino a seguir, esto es, ”la consideración de que la Naturaleza y la vida rural como lo específicamente americano de esa literatura”, para los europeos empezando por Hegel y Ortega éramos “naturaleza” y en ese continente, la huida de la civilización condujo a ese “neo-exotismo” que dieron origen al nacionalsocialismo y al fascismo y “En Hispanoamérica produjo ese racismo al revés que es el “indigenismo”, cuya denuncia social es justa, pero no constituye mas que una “coartada que ocultaba su pasatismo (“Estado de ánimo que es pasivo, tradicional y profesional, pesimista, pacifista y nostálgica, decorativa y estética.”) irracional” (Gutiérrez G, Rafael, 1984b, 225.),

retratado en la novela *Cumandá* (1879) del ecuatoriano Juan León Mera. Estas dos vertientes se juntaron y originaron una “reacción anti-histórica” de huida de la civilización a favor de la Naturaleza: *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* (1929) de Ricardo Güiraldes, y *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, que bajo el “pretexto de la autenticidad” corroboraron el miedo al futuro”, vale decir, voltearle la espalda al presente que no era otro que la incorporación de Hispanoamérica a “la era del capital”, iniciada durante la primera globalización del siglo XIX, ya en la neocolonia. Pero, afirma Gutiérrez que “construyeron el mito y se refugiaron en el”: *Tempestad en los Andes* del indigenista peruano Luis E. Valcárcel, con el postulado del regreso pleno a lo incaico y Ciro Alegría con *El Mundo es ancho y ajeno*, apoyaba la misma idea, con otros “ripios” como *Huasipungo* (1934) del venerado Jorge Icaza, “cuya incapacidad de dibujar la psicología del indio –sea individual o colectiva- se interpretó como un principio de su poética” Es Eduardo Mallea en la *Historia de una pasión Argentina* (1935) quien inauguró la “exploración de la realidad individual y social de los hispanoamericanos en general y de los argentinos en particular” y el sociólogo Medina Echavarría (1956) “develó los aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina” que trajo una ola de “angustia, soledad e incomunicación, de lo que cabría llamarse sociológicamente la anomia” (229). Tal realismo, es decir, el del indigenismo “era y sigue siendo principalmente telúrico...y hoy con igual si no con mayor exigencia dogmática, y se presenta como la auténtica expresión de lo indoamericano, trasponiendo a las letras y a pensamiento un mestizaje racial, es decir algo biológico”, cuando todos sabemos que la capacidad del pensamiento humano no depende solo de los genes, sino del desarrollo histórico y social, a esa biología RGG la califica como “ripio sentimental, la demagogia o la explotación literaria de lo “indígena”, contra la enseñanza de los grandes de la literatura latinoamericana: Alfonso Reyes, Rodó, Henríquez y Ureña, Borges y sus precursores Bello y Sarmiento que el “tema nativo” no garantiza por si solo lo que interesa a la literatura como es la “calidad de la expresión”.

“La lectura de los indigenistas transmite con mas vivacidad que la lectura de una obra sociológica o historiográfica de esos años, las emotivas confusiones de la clase media urbana hispanoamericana en un momento crítico de su desarrollo”, provocó una agria disputa entre “indigenistas” y “aculturados”, es decir, europeizados, como los denominó José María Arguedas de *Yawuar fiesta*, (1941) *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (póstuma, 1971)

La respuesta que por lo general se da a la justa aspiración de las minorías indígenas a ser reconocidos no puede ser presupuesto para considerarla como un rasgo de “identidad nacional”, porque en esa respuesta asoma un “racismo paternalista que caracteriza también al indigenismo, que es un racismo “al revés”. José Vasconcelos en *Indología* (1926) no siempre profesó su absurda tirria contra el indio. En la raza cósmica coloca la cepa indígena en la base de nuestra nacionalidad cuando dice "la civilización no se improvisa ni se trunca... se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la historia." Todas sus cartas las apostó al mestizaje en un país fuertemente indígena como México, pero solo lo hacía por contraposición de la política española que permitió el mestizaje y que él apoya, contra la política racial norteamericana. Un poeta meramente latinoamericano nacido en Santiago de Chuco César Vallejo puso en tela de juicio la “forma mas bastarda y depravada del nihilismo, esto es el racismo...Después de Auschwitz es posible la poesía, gracias a sus víctimas, pero después de Auschwitz ya no es aceptable el racismo.”

El problema del mestizaje

Quienes han trajinado con el tema de la “identidad” conocen que el apelativo de Indoamérica lo acuñó el político Víctor Raúl Haya de la Torre fundador del APRA. El término exhala un aroma ideológico que podríamos llamar de izquierda en cuanto la población indígena es la mas discriminada, humillada, desposeída y despreciada de todo el continente, que de manera simétrica goza de los mismos padecimientos, expresados en una división de clases con una connotación racial al “punto de que en Colombia, por ejemplo, la palabra “indio” significa zafio, inculto, vulgar y hasta maloliente.” (Gutiérrez, G.R., 1997, 240). Esto pone en evidencia que el término Indoamérica traducido a la “lucha de clases” toma el viso de una “lucha de razas”, donde los encomenderos, sus hijos los criollos como sus descendiente representan la raza blanca dominante. Raza ensalzada por el Conde Gobineau teórico del racismo y fundamento de las teorías fascistas.

A quien se le ocurriría decir que genios de la cultura fueran un resultado del mestizaje como por ejemplo, Goethe: injerto de turco y walkiria; Thomas Mann: su madre producto de otros injertos, era brasilera; Italo Calvino de italiano con cubana y nacido en La Habana. Algo que tiene mucho que ver con el concepto de nación, por lo que se ocultaron las mezclas de eslavos, franceses, italianos, alemanes, ingleses, o sea de los blancos, pues en su base el concepto de nacionalidad

implicaba la homogeneidad étnica e histórica. Y qué decir de España tuvo 800 años de dominio árabe. Pero en Latinoamérica que no tuvo el reconocimiento por España de su humanidad y la novedad de su botánica, zoología y geología y mucho menos de los testimonios artísticos que dejaron sus iniciales pobladores algo que vino a justificar su existencia histórica y cultura fue la “exaltación del mestizaje”, empresa esta de una complejidad muy grande dada la circunstancia que las designaciones de “indio”, “mestizo” y “blanco” ponen en consideración elementos raciales con los “*status* de estratificación y jerarquías sociales y con la autocomprensión de estos *status* e ideologías políticas.” En su trabajo “Indio, mestizo y cholo como símbolos del sistema peruana de estratificación” (1975), Francois Bourricaud, citado por Gutiérrez Girardot “comprueba que ni el indio ni el mestizo constituyen centros de cristalización. Tiene tan poco sentido decir que el Perú es una sociedad o cultura india, como calificarlo de un país de “cruza”, es decir, mestizo... Eso significa simplemente que el concepto de “mestizaje” como especificidad de Latinoamérica y como concepto analítico de su historia social y cultural, hoy ya no es adecuado por excesivamente estrecho y ajeno a la realidad heterogénea de Latinoamérica... ¿Pero fue adecuado para analizar épocas anteriores? El concepto de “mestizaje” supone el de “pureza de sangre”. Lo implantó la Corona española, que en el mismo año en que descubrió el Nuevo Mundo expulsó a los judíos... el celo de la “pureza de sangre” condujo a una ficción, el de la superioridad social innata de los blancos y a un encubrimiento, el de la realidad de la mezcla de sangre.” (Gutiérrez, 1998, 247)

Decía Vasconcelos que “el mestizaje era un arma contra esa plaga de la providencia norteamericana,” seguramente recordando la frase de Bolívar, y de la que se han imbuido los países de lengua española de “caer en el pecado de la pereza mental y la irresponsabilidad moral e histórica que culpa de sus propias desgracias e irresponsabilidades a un agente extraño.”

Pero el radicalismo de José Vasconcelos, una especie de Laureano Gómez con zarape, cae en las ambigüedades como al decir que:

"Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona.” *Bolivarismo y Monroismo* (1934),

Pero los nacionalistas furibundos siempre se han dado la mano de los fascismos, veámoslo:

“Hitler, aunque dispone de un poder absoluto, se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen. El poder no se lo debe Hitler a las tropas, ni a los batallones, sino a sus propios discursos que le ganaron el poder en

democrática competencia con todos los demás jefes y aspirantes a jefes que desarrolló la Alemania de la Post-Guerra. Hitler representa, en suma, una idea, la idea alemana, tantas veces humillada antaño por el militarismo de los franceses y por la perfidia de los ingleses. (José Vasconcelos, “La inteligencia se impone”, *Timón*, núm. 16, junio 8, 1940)

A manera de conclusión

El historiador Fernand Braudel decía que “los ciclos, interciclos, crisis estructurales ocultan aquí las regularidades, las permanencias de sistemas algunos dicen de civilizaciones, es decir, de viejos hábitos de pensar y de actuar, de cuadros resistentes, duros de morir, a veces contra toda lógica. La pregunta que se hace Gutiérrez Girardot es: ¿condujo esta antológica al actual derrumbamiento de Colombia?, y de todos los países hispanoamericanos, si se tiene en cuenta que la historia no es solo el interés de grupos sociales sino la “voluntad de algo mas abarcador y total” y “¿porqué no ha habido en Colombia esa voluntad o, si la ha habido, por qué no se ha realizado?” y sin dejar sus respuestas al historiador profesional, sino al análisis de la literatura no únicamente como expresión estética, sino en tanto que expresión de las maneras de pensar y actuar de los estratos sociales que la han cultivado nos suministra un ejemplo:

“Si...se analizan las varias capas de que consta un cuadro de costumbres como *Las tres tazas* de José María Vergara y Vergara será posible suscitar la cuestión sociológica de la *estratificación social* y sobre todo con las situaciones que condicionaron la formación de un “nuevo patriarcado” (Gutiérrez G. R. (2000.)

Donde muestra “el fervor con el que aspiraba a ser aristócrata fue característico de los criollos”, o sea, la pertinacia de “cuadros resistentes”, la permanencia de esa mentalidad señorial con un leve asomo de una “incipiente mentalidad racional” como la introducción en 1859 en Código Civil del Estado de Cundinamarca, adaptado del propuesto por Bello para Chile que traía conceptos revolucionarios, sin suprimir el lastre, esto es, las instituciones de la legislación colonial, bajo el mando del *párroco*, que hace de legislativo, el *gamonal*, que oficia de ejecutivo y el *tinterillo* que ejerce como el judicial. En un contexto donde lo que regulaba la configuración concreta de la vida de la sociedad era la hacienda como lo han descrito Kalmanovitz (2010) y con lujo de detalles Tovar Pinzón (2009) que vino a cristalizar en la Constitución de 1886, yo la llamaría la Primera Refundación, que impuso frenos al pensamiento y a la conducta con su “carácter sutilmente inquisitorial”:

“...el gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, en todas los ramos de la instrucción, se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la Iglesia” (CN)

El criterio de amigo-enemigo que trae consigo este dogmatismo fue extendido a la política hasta nuestros días, es decir, se “ancló en la conciencia colectiva y favoreció la restauración de la sociedad colonial.” (Gutiérrez, 2000. 10) Al “cuadro de resistencias” se agregan hoy las “serviles

dependencias del extranjero”, pero no solo estadounidenses, sino principalmente hispano-clerical, pues el avance que significó la Constitución de 1991 en el plano de la secularización fue abolida por la Ministro Cecilia María Vélez por un Decreto que autoriza de nuevo la reincorporación de la educación religiosa en los planteles, esto unido a las “ilusiones patriotas con las que España alimenta su conciencia “europea”. La alerta es lo que se pretende con la “Refundación de la patria” fundamentada en lo que denominan “identidad hispanoamericana”. Desde 1992 Gutiérrez había prevenido referido a Colombia de los cambios que estábamos viviendo con la segunda reconquista:

“los paramilitares que sin saber por qué defienden con estilo de Capone los fundamentos morales y culturales de esta monarquía y, consiguientemente, sus jefes públicamente secretos, *that is*, la clerecía militar necrófila y sus víctimas: los “desaparecidos” de una o de otra manera y la transformación de los defensores de la nación, por mandato constitucional, en sus ocupantes y verdugos; todo esto desplazó a un segundo plano las “aristocracias” hispanoamericanas y hasta a la más provinciana, y por eso tenaz: la bogotana y sus imitaciones como la de Popayán o la de Medellín, Pero el desplazamiento no implica que hayan desaparecido sus hábitos y su ejemplo... Los llamados “carteles” de Medellín y Cali, son una imitación, tan subconsciente como la monarquía de secreta de las cortes “aristocráticas” colombianas. Las mansiones de El Mexicano potencian la ostentación y el mal gusto del Jockey Club o del Club de la Unión. La diferencia entre los unos y los otros no es esencial sino de estilo y medios: los difusores de la Monarquía disfrazada de República liberal liquidan a sus opositores con el silencio o, en caso extremo con su psicología unidimensional y primitiva. Sus imitadores son más pragmáticos: asesinan. Pero entre la intención del argumento “psicológico” y de la praxis del silenciamiento y el uso de la bala y la dinamita para castigar un “pecado de lesa majestad” no hay diferencia ética alguna... ¿Es esto una herencia española? (Gutiérrez, 1997, 175-177)

Mi pregunta, ¿podríamos tener algún punto de “identidad” con la aludida “refundación”? Se ha dicho que donde están los filósofos. Ahí están, pero hay que leerlos.

Se dirá que esto corresponde solo a Colombia, pero no hay tal. La misma situación la vivieron Argentina, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Perú, Bolivia, Chile.

Bibliografía

Borges, J. L. *Obras completas*, Bs. Aires, Editorial Emece.

Derrida, J. “La différence”, en: *Théorie d'ensemble*, Paris, Éditions du Seuil. Traducción en español de la página: <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/textos.htm> (10/05/2011)

Gutiérrez Girardot, R. (2004) *Heterodoxias*, Bogotá, Taurus.

- (2002) “La filosofía en Hispanoamérica”, en: *Cuadernos hispanoamericanos*, No. 630, Dic., pp. 81-85.
 - (2001) *El intelectual y la historia*, Caracas, Editorial La Nave Va.
 - (2000) “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”, Bogotá, *Estudios Sociales*, No.7, Septiembre, Universidad de los Andes.
 - (1998) “Mestizaje y cosmopolitanismo: Perspectivas de interpretación literarias y sociológicas de América Latina” en: *Insistencias*, Bogotá, Ediciones Ariel.
 - (1997) “La identidad hispanoamericana”, en: *Provocaciones*, Bogotá, Editorial Ariel.
 - (1989) *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*, Bogotá, Temis, pp. 186-197.
 - (1984) “José Enrique Rodó, *Revisited*” En: *Insistencias*, Bogotá, Editorial Ariel, pp. 45-65.
- Hegel, G.W.F., (1974) *Ciencia de la lógica*, Bs. Aires, Solar / Hachette.
- Heidegger, M. (1990) *Identidad y diferencia*, Barcelona, Editorial Anthropos.
- Henríquez Ureña, P. (1997) *Las corrientes Literarias en la América Hispánica*, México, FCE.
- Kalmanovitz, S. (2010) *Nueva historia económica de Colombia*, Bogotá, Universidad Jorge Tadeo Lozano / Taurus.
- López, C. (ed.) (2010) *y refundaron la patria...De cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el Estado colombiano*, Bogotá, Corporación Arcoiris / Dejusticia.
- Melo, J. O. (2006) “Contra la identidad”, *El Malpensante*, No.74 (Nov.-Dic.)
 -(1989) “Etnia, región y nación. El fluctuante discurso de la identidad (Notas para un debate)”, en: *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*, Bogotá, Fundación Guberek.
- Schultz, M. (28/04/2011) “Identidad nacional en un ensayo de Borges”,
en: <http://rehue.csociales.uchile.cl/rehuehome/facultad/pares3/borges.htm>
- Tovar Pinzón, H. (2009) *Los fantasmas de la memoria: Poder e inhibición en la historia de América Latina*, Bogotá, Universidad de los Andes.
- Wills, E. / Sanchez, G. (eds.) (2000) *Museo, memoria y nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura, Museo Nacional de Colombia, PNUD, Universidad Nacional de Colombia-IEPRI, ICANH.